

## POR LOS FUEROS.



Terribles eran las luchas civiles que tenían lugar en todos los pueblos de Europa en la oscura época conocida en la Historia con el nombre de la Edad Media.

Y no dejaban de trascender á nuestro país estas terribles contiendas, á pesar de sus costumbres patriarcales y de su especial manera de vivir.

Las feroces discusiones de los bandos Oñacino y Gamboino son la prueba más concluyente de lo que dejamos sentado.

Unos años ántes de promediar el siglo XV, los representantes de estas banderías, Juan Alonso Múgica y Pedro Avendaño se habian desgarrado con la saña que era ya el signo distintivo de estas contiendas. Pedro de Avendaño habia quemado al padre de Múgica, y en venganza, Múgica mató al hijo y hermanos del primero.

Inútil es, pues, encarecer con palabras lo que la simple relacion de los hechos demuestra elocuentemente. El ódio dividia tan profundamente al país, que cuantos esfuerzos se hubieran hecho por acabar con tan terribles hecatombes hubiesen sido por completo infructuosos.



En Villarreal de Alaba vivia en la época á que nos hemos referido en las líneas anteriores, el rico propietario y jefe de bandería, Avendaño, con una hija joven y hermosa, que por sus encantos morales y fisicos, era conocida de todo el país.

Celebrábase su amor á su padre, que era grande y respetuoso, su caridad inagotable, su piedad religiosa, no ménos que sus bellos ojos azules, sus largas y densas trenzas rubias ligeramente rizadas y su talle esbelto y gentil.

Con tales encantos, nada tiene de extraño que su nombre corrie-

ra de boca en boca, y fuese celebrada y querida por los jóvenes más apuestos y gallardos de la Basconia.

Amable con todos, ninguno, sin embargo, podia jactarse, de todos cuantos se habian acercado á la linda jóven, de haber obtenido ningun favor, por insignificante que fuese, que le hubiera dado motivo para poderse considerar preferido en el afecto de tan amada niña.

Pero Munia, que este era el nombre de la jóven, no era insensible; al contrario, tenia un corazon tierno y dispuesto á amar y ser amado, y con esta circunstancia, y la de no tener más que su padre á quien comunicar sus pensamientos, y, por otra parte, tener su padre absorbido su pensamiento por completo en las luchas civiles, fácilmente se deja comprender que no seria imposible que le llegase un momento en que rindiera su alma á algun afortunado mancebo.

Era un dia de fiesta. Las campanas de la iglesia del pueblo con su alegre repiqueteo, llamaban á los fieles á reunirse en el templo para elevar unidos al Dios de las misericordias las oraciones de los católicos, en medio de la suave y tranquila atmósfera de las naves de la iglesia, veladas tibiamente por el aromático incienso.

La gente acudió presurosa al cumplimiento de sus deberes religiosos.

No fué, como es de suponer, de las últimas la hermosa hija de Avendaño.

Ya en aquella época, como en todas, era costumbre de esperar el momento de la salida del sacerdote á decir la misa cerca de las puertas de la iglesia. Esto es muy comun y general hoy mismo en todos los pueblos.

No pocos eran los jóvenes que esperaban aquel momento para ver y saludar á Munia. Esta contestaba á los saludos de sus amigos con su amable sonrisa.

Entre los habituales concurrentes á la misa de aquella hora, encontrábase aquel dia un jóven desconocido. Alto, esbelto, de ojos negros y expresivos, atraia desde luego las miradas del sexo bello.

Nada tiene de particular, dadas estas condiciones, que Munia distinguiese al forastero al primer golpe de vista. Su mirada se encontró con la de éste, y una súbita y placentera emocion conmovió su alma. Cuando dos personas se han de amar, una sola mirada revela desde luego todo el porvenir.

La mujer es por naturaleza curiosa; y si la mujer se encuentra en

ese período dichoso de la vida en que las ilusiones forman el encanto de la existencia, la curiosidad sube al punto más alto.

Al día siguiente sabía ya Munia quién era aquel hermoso mancebo. Lo sabía, sí, pero con una especie de pesar, de pena intensa, que tenía su explicación en las circunstancias de localidad.

Aquel joven se llamaba Diego Múgica, y era hijo de Juan Alonso, del enemigo odiado de su padre, del asesino de su familia.

Un abismo de lágrimas y sangre mediaba entre ambos: pretender que llegara un día en que pudiese confesar su amor á Diego y ofrecerlo á la curiosidad pública era una locura tan manifiesta que ni por un momento podía siquiera intentarlo.

Pero el amor no se impone ni aun con la fuerza de las bayonetas; tampoco, en cambio, se arranca del corazón por la sola voluntad.

Y hé aquí á la pobre Munia esclava de este amor insensato, al que no podía ménos de rendir culto en lo más profundo de su alma y ocultarlo al mismo tiempo á las miradas vigilantes de todos, y el primero de su propio padre.

Por su parte, Diego Múgica, que conocía á la joven, y que en el fondo de su corazón la consagraba el afecto más tierno, no descuidó un sólo momento el hacerla ver su cariño sin límites.

Los corazones nacidos para amarse pronto se entienden, y los de Munia y Diego estaban vaciados en un mismo molde.

El silencio para todos, el amor para los dos: esta era la divisa de un cariño que se desbordaba por los ojos de ambos jóvenes, esperando que quizás llegase un día en que pudieran olvidarse las crueles diferencias de familia para poder confesar al mundo entero su pasión pura y sin límites.



Un día corrió una noticia alarmante para los hijos de la Euzkalerria, tan amantes de sus instituciones seculares.

El poderoso Conde de Haro, en connivencia acaso con los deseos ocultos del Rey D. Enrique, trataba de atentar á lo más querido de los bascongados, fuera de su religión, que eran sus fueros, sus costumbres inveteradas. Entónces se consiguió lo que parecía imposible alcanzar. Los partidos que se hacían una guerra tan encarnizada, cesaron en sus contiendas feroces para acordarse solo de lo que consti-

tuía su vida entera, para acordarse de la defensa de sus libertades.

Pero al cesar en sus luchas intestinas no lo hicieron poniéndose de acuerdo ambas partes combatientes, sino que, unos y otros, atendiendo á su amor inquebrantable á sus instituciones, dejaron por un momento sus rencores de bandería.

Desde luego conocieron los euskaros que con sus fuerzas únicamente no podían hacer frente á las del Conde de Haro. Era, pues, preciso, buscar un apoyo que viniera en ayuda de sus grandes intereses. Y esto en aquellas circunstancias difíciles era de fácil solución. Podían encontrarla muy cerca del país.

El Conde de Treviño venía, hacia tiempo, sumamente disgustado con la conducta del Conde de Haro. Este señor permitía que sus vasallos molestasen injustamente á los del Conde de Treviño. En vano este había acudido varias veces al primero suplicando que castigara los desmanes de sus atrevidos colonos. El Conde de Haro dejaba impunes tales atentados, con lo que alentaba más y más á los suyos para que continuasen en su desatentada conducta.

Todas estas circunstancias eran conocidas de los bascongados, y decidieron los dos bandos oñacino y gamboino acudir á dicho Conde de Treviño para pedirle su protección, pero como los odios de los dos bandos eran tan profundos y antiguos, no se pusieron de acuerdo para esa petición: cada uno por su parte trató de enviar un representante con tal objeto.

Hallábase el Conde de Treviño en Carrion de los Condes, cuando llegó á su noticia que dos caballeros, á distintas horas, habían preguntado por él. No tardó el Conde en saber quiénes eran y el objeto que los traía. Tampoco ignoraba el Conde el odio que mediaba entre los dos viajeros á consecuencia de sus luchas civiles. Con efecto, el uno era D. Juan Alonso Múgica, y el otro D. Pedro Avendaño.

Comprendió desde luego el Conde de Treviño que lo mejor era ante todo conciliar el ánimo de los dos enemigos, y aunque no se le ocultaba lo difícil que esto era, tenía confianza en el resorte mágico que había de emplear para conseguirlo.

Citó, pues, primero á Múgica, y después de este á Avendaño, para irles preparando.

La cita fué en una celda del Monasterio de San Francisco. Múgi-

ca expresó el deseo de sus parciales y la defensa que le pedían para sus seculares instituciones.

Concluida la cita con Múgica, conversó con Avendaño, que le manifestó los mismos deseos.

No se descuidó el Conde de Treviño en hacer por borrar los odios de estos dos jefes bascos, y aunque no consiguió gran cosa en estas entrevistas parciales, no dudó que llegaría á conseguirlo teniéndolos á los dos á un tiempo en su presencia.

Preparado el terreno de este modo, tuvo con ambos la entrevista.

Apénas se vieron en frente Avendaño y Múgica, pintóse en sus ojos el rencor más profundo; se lanzaron una mirada en la que estaba reflejada una epopeya completa de sangre y horrores.

Afortunadamente, la presencia del Conde de Treviño ejerció su benéfica influencia.

Sin embargo, como sucede siempre en las luchas civiles, tanto y tan grande era el odio de estos dos hombres, que sin poderse contener dijo Múgica:

—Pedro Avendaño: ¿qué hicisteis de mi padre á quien matasteis por el fuego?

—Y vos, Juan Alonso Múgica,—dijo Avendaño—¿qué hicisteis de mi hijo y de mis hermanos á quienes degollasteis?

Desde luego puede presumirse en qué hubieran venido á parar estas mútuas recriminaciones que traían á la memoria hechos tan espantosos, si la prudencia y autoridad del Conde de Treviño no se hubiera interpuesto entre Avendaño y Múgica.

—Amigos y parientes,—les dijo,—hora es ya de que dejéis esos rencores personales que no conducen más que á mataros sin provecho para la pátria, y os acordeis, ántes que todo, de la necesidad imperiosa de defender vuestros santos fueros.

Después de esta introducción, el Conde de Treviño siguió ponderando las ventajas de la unión de todos los elementos bascongados para conseguir la defensa de sus instituciones, y tanto y tan cumplidamente trató el asunto, que, enardecidos los dos euskaros, prometieron solemnemente olvidar sus diferencias para acudir juntos al socorro de la basconia.

—Pues bien,—dijo el Conde de Treviño cuando vió á los dos jefes de bandería dispuestos á unirse con tan noble objeto,—sellad vuestro

pacto con un apretón de manos, símbolo de vuestro inquebrantable y patriótico propósito.

Miráronse Múgica y Avendaño con turbación. Era una exigencia inaudita la de que se unieran manos llenas aún de la sangre de víctimas de sus respectivas familias, inmoladas en aras de ódios inveterados.

Pero volvió el Conde á emplear nuevos razonamientos y los dos enemigos se estrecharon las manos.

—Id, pues,—dijo el Conde de Treviño—y preparad vuestra gente de guerra: yo os sigo inmediatamente.—

Avendaño echó á andar para salir de la estancia. Múgica no se movió.

Volvió Avendaño la cabeza y vió que Múgica no le seguía.

—¿Qué es eso, Múgica,—exclamó— ¿no quereis venir?

—Sí, — contestó Múgica, profundamente conmovido;—pero estoy pensando en un asunto de mucho interés para los dos: es, sin embargo, de tal naturaleza que no me atrevo á decirlo por si aún queda en vuestro corazón algún rencor hácia mi familia.

—Decidlo, Múgica,—balbuceó Avendaño.

—Es el caso, Avendaño,—continuó Múgica alentado por las palabras de este y por una mirada del Conde,—que mi hijo Diego ama á vuestra hija Munia, y podríamos sellar más fuertemente este pacto ante el señor Conde con la palabra de futuro matrimonio de los dos jóvenes, y que cesen ya para siempre los ódios de familia con esta union que no dudo será dichosa para todos.—

La petición era demasiado fuerte para una conciliación tan reciente. Sin embargo, Avendaño contestó sin atreverse á una negativa, que por otra parte quizás estaba en sus mismas ideas.

—Veremos, —dijo,—ahora vamos á combatir. Cuando concluyamos con los enemigos de nuestros fueros, será ocasión oportuna de tratar de este asunto.

No insistió Múgica, y se despidieron los dos del Conde de Treviño.



Buenos y útiles consejos había dado el Conde de Haro á su heredero ántes de morir.

En la hora suprema en que el hombre, ante la idea de comparecer ante el Tribunal de Dios, procura arreglar todos sus asuntos en lo terrenal y en lo espiritual, registrando lo más recóndito de su conciencia, llamó á su hijo, el futuro Conde de Haro y le dijo:

—Hijo mio, existe cerca de nosotros una comarca, pobre de suelo, pero rica de entusiasmo por sus leyes, costumbres é instituciones. Sóbrios, religiosos, honrados y hospitalarios, solo cifran la felicidad de su vida en su trabajo y en sus libertades. Procura no lidiar nunca con ellos, sino en defensa de una causa justa, pues desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, esos vecinos han dado pruebas evidentes de que aman más la libertad de sus verdes montañas que la dependencia, y mucho ménos que la esclavitud, aun cuando las cadenas estén formadas de eslabones de oro. Respeta sus costumbres y tradiciones, y tendrás en ellos unos amigos dignos de estimacion. Es el mejor consejo que puedo darte en esta hora suprema de mi existencia.—

No prestó muy buenos oídos á estas saludables advertencias de su padre moribundo el Conde de Haro, y en la primera ocasion dió pruebas evidentes de que por encima de todo estaba su afán inmoderado de estender á toda costa su dominacion.

Entónces fué cuando tuvo lugar la union de los bascos con el Conde de Treviño, de que llevamos hecha mencion.

El Conde de Haro, dueño de Vitoria por un golpe de mano, se dispuso á acometer por Villarreal al Conde de Treviño y los bascos á este unidos.

Mientras tanto la Condesa de Haro, que sin duda queria emular las glorias de tantas heroínas, cuyos nombres conserva la historia, partió para Bilbao por el camino de Balmaseda.

Pero los naturales de esta tierra, que no se daban punto de reposo para librar su país de las acometidas del enemigo, rechazaron á la Condesa y su ejército con tal energía, que apenas pudo librarse, con grandes dificultades, de la muerte, huyendo con toda precipitacion á sus tierras.

El Conde de Haro, por su parte, lleno de valor y audacia, salió de Vitoria y se dirigió con su gente á la parte de Villarreal.

Larga, obstinada y sangrienta fué la batalla. La gente euskara, amparada por su derecho y por sus montañas, testigos de tantos hechos gloriosos, resistió con ímpetu el choque de su poderoso enemi-

go, y enardecida por el entusiasmo de sus jefes, derrotó completamente al Conde de Haro, quien, dejando en el campo de batalla á sus más distinguidos amigos y parientes, tuvo que huir velozmente á su tierra á ocultar su vergonzosa derrota. Allí le esperaba su no menos afligida esposa.

La conversacion entre los dos esposos tenia que ser tan breve como triste.

—Esposo mio, —dijo la Condesa,—vuestros amigos más fieles han caido muertos á mi lado por aquellos montañeses implacables.

—¡Ay!—contestó el Conde:—lo mismo ha sucedido á mis leales amigos y parientes. Desgracia grande ha sido la nuestra.

—No;—dijo la Condesa;—no es esta obra de la casualidad ó de la suerte. Todo proviene de haber olvidado las solemnes palabras y útiles consejos de tu buen padre en los últimos momentos de su vida. No debiéramos nunca haber olvidado que los bascongados quieren más morir honradamente que vivir sin sus fueros.

Todos se portaron en la batalla, como siempre, con heroismo. Pero entre todos descolló un jóven esbelto y arrogante, que era el terror del ejército del Conde de Haro.

Su brazo incansable abria por todos sitios camino, y su larga y cortante espada iba tendiendo por el suelo á cuantos tuvieron la desgracia de encontrarse aquel dia en frente del jóven guerrero. Era Diego Múgica, el prometido de Munia.

Avendaño, al concluir la batalla, se unió á Múgica.

—Brava ha sido la jornada, amigo Avendaño,—dijo Múgica,—y creo que nuestros enemigos no volverán otra vez á intentar penetrar por estas asperezas.

—¡Brava y gloriosa!—contestó Avendaño.—

Al concluir estas palabras, se unió á ellos el jóven Múgica.

Juan Alonso Múgica estrechó en sus brazos á su hijo.

—Bien, hijo mio,—dijo,—has probado ser un digno descendiente de nuestra casa.

— Como,—dijo Avendaño,—¿es este jóven vuestro hijo?

—El mismo,—contestó Múgica.

—Le he visto durante todo el dia—dijo Avendaño—hacer prodigios de valor. Jóven,—añadió volviéndose á Diego,—te doy la enhorabuena por tu noble conducta. La pátria debe estar hoy agradecida á tus esfuerzos.

—¿Y no se os ocurre añadir algo más?—dijo Múgica.

Avendaño quedó un momento pensativo. Luego exclamó:

—¡Ah! Sí, recuerdo que tenemos un compromiso pendiente desde una retirada celda del Monasterio de San Francisco de Carrion de los Condes.

—Veo que os acordais,—dijo risueño Múgica.—Pues bien, Avendaño, os pido la mano de vuestra hija Munia para mi hijo Diego.

—Convenido, convenido, sea ese el premio de su valor en este venturoso día y el lazo que una para siempre á nuestras dos familias.

Algun tiempo despues iba al altar á recibir el indisoluble lazo y sacramento del matrimonio una pareja tan bella como feliz, prenda segura de iris de paz en las crueles luchas de las banderías euskaras.

MARCIAL MARTINEZ AGUIRRE.

